

Homilía de
S.E.R. MONS. CHRISTOPHE PIERRE
 NUNCIO APOSTÓLICO EN MÉXICO
XXVII Peregrinación Nacional Juvenil a la Montaña de Cristo Rey
 (Montaña del Cubilete (Silao, Gto.), 30 de Enero de 2010)

¡Queridos jóvenes y hermanas y hermanos todos!

Con profundo gozo y alegría al encontrarme nuevamente con ustedes a los pies de la imagen de Cristo Rey, los saludo con grande afecto y agradezco la calurosa acogida que brindan a quien viene como amigo, como Pastor y como Representante del Santo Padre Benedicto XVI, quien por mi medio hace llegar a todos y cada uno su paterno saludo y su Bendición Apostólica.

“¡Qué hermosos son sobre las montañas los pasos del que trae la buena noticia, del que proclama la paz, del que anuncia felicidad, del que proclama la salvación (...). Tus centinelas levantan la voz, gritan todos juntos de alegría, porque ellos ven con sus propios ojos el regreso del Señor” (Is 52, 7-8). Palabras del Profeta que hoy aquí se actualizan en el entusiasmo y en el intenso vibrar de sus voces juveniles que despiertan en mí espíritu sentimientos de viva esperanza: con ustedes, la Iglesia siente llenarse de renovadas energías.

Viniendo peregrinos hasta la Montaña de Cristo Rey y celebrando a Jesús y con Jesús presente en el Sacramento Eucarístico, ustedes queridos jóvenes, se configuran y se manifiestan hoy como un glorioso signo testimonial ante una sociedad que corre el riesgo de caer en la oscuridad del sin sentido, “*noche ética*” de nuestros tiempos, como la ha llamado el Papa.

Han venido hasta aquí, experimentando en sus cuerpos y en sus espíritus la realidad y las consecuencias de una peregrinación en “subida”, dejando sus hogares, sus comunidades, sus compañeros, con una finalidad: estar con Jesús, para luego, más transformados, volver llevándoles a Jesús.

Han venido de muchas partes geográficas, pero también vienen de muchas de aquellas partes en las que abundan las *señales*, para muchos atrayentes, del liberalismo, del modernismo, del hedonismo, del secularismo. Señales de un cambio de época, con sus pseudo valores, sus crisis económica, política, religiosa e ideológica, y con sus paradigmas, que parecen dejar sin apoyo muchas de nuestras fortalezas.

Signos, señales y mensajes innumerables, positivos, negativos y retadores que, de una manera u otra, si bien los consideramos, tienden

todos a conducirnos a Cristo, el único que nos reconcilia con la humanidad, con el mundo y con Dios; a Él, que es la verdad que nos hace libres, nos llena de la luz que realmente ilumina nuestro paso por la historia, y nos colma de vida: de vida eterna.

Ustedes, queridos jóvenes, han subido hasta aquí para encontrarse con Jesús. Como hicieron los pastores y luego los magos en Belén, también ustedes quieren contemplar y adorar a Jesús, reconocerlo como su Señor, dejarse transformar por Él y acoger la rica experiencia humana, espiritual y eclesial de este encuentro con Él y con los hermanos, para luego llevarla, con el anuncio y el testimonio de vida, al mundo y a todos sus habitantes.

Anunciar y testimoniar a Jesucristo, es tarea de todo bautizado. Pero proclamarlo en un mundo como el nuestro constituye, sin duda, una tarea inmensa, porque cobra las dimensiones de la sociedad y del mundo con todos sus retos. Anunciarlo y testimoniarlo ahí, en esta nuestra sociedad que repetidamente intenta *herir nuestra mejilla*; en el que no son pocos los enemigos gratuitos que tal vez nos maldicen y odian, nos ultrajan y nos persiguen, y a quienes, sin embargo, los discípulos de Jesús debemos amar, bendecir y encomendar en la oración. ¡Sí!, queridos jóvenes, porque es en este mundo en el que estamos llamados a ser perfectos como el Padre celestial es perfecto (Cfr. Mt 5, 38-48).

La tarea es indudablemente retadora. Tanto, que no sería extraño que en nuestro interior pudiéramos sentir el deseo de exclamar, como el profeta: "*¡Señor! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho*" (Jr 1, 6).

¡Pero no!, no hay que temer. Es el Señor quien nos dice: ¡no tengan miedo, jamás estaré lejos, más aún, estaré con ustedes, todos los días! ¡Estoy y estaré cerca, en su mismo corazón, cuando confiesan y se esfuerzan por hacer vida el don de la fe; estaré en su corazón con la Palabra, más aún, yo mismo me doy y me daré a ustedes en los Sacramentos; estaré en ustedes en el testimonio de su vida diaria! ¡Sí, amigos!, El Señor está, por la fe, en nuestro corazón, y al confesarlo ante el mundo llevando la realidad del Señor a nuestro tiempo. Esta es la valentía y alegría de nuestra vida: el Dios hecho carne está con nosotros y en nosotros.

En todo caso, ante el reconocimiento de la propia pequeñez, lo que al Señor interesa es una cosa: que creamos en Él y que lo amemos. Por ello, día a día, en cierta manera también a nosotros, como a Pedro, nos dirige una pregunta de cuya respuesta depende todo: "*¿Me amas?*" (Jn 21, 16). ¡Sí! Lo que Jesús quiere saber, es si lo aman con un amor verdadero, sin condiciones, como el suyo hacia cada uno de ustedes. Si lo aman a Él que,

ya, de manera sin igual, les ama con un amor divino iniciado con la creación, visible en el misterio de la cruz, y que tiene su culmen en la alegría de la Resurrección y de la Ascensión del Hijo al cielo, y en el don del Espíritu Santo, Espíritu de amor para los hombres, mediante el cual se nos concede el perdón y la paz. Amor que ofrece al hombre todo lo que es Dios, y donde, al mismo tiempo *"el corazón mismo de Dios, el Todopoderoso, espera el "sí" de sus criaturas como un joven esposo el de su esposa"* (L'Osservatore Romano, ed. Esp., 16.2.2007, p.4); pues, como ha escrito el Santo Padre, *"no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva"* (*Deus Caritas est*, 1).

El Señor espera que nos dejemos conquistar por su amor. Para ello, es Él mismo quien nos atrae hacia sí uniéndose a cada uno de nosotros, y enseñándonos de qué manera debemos también nosotros amar a nuestros hermanos. Porque, en efecto, sólo el amor nos capacita para saber mirar al mundo, también idealmente desde lo alto de esta montaña, con una mirada semejante a la de Cristo, capaz de motivarnos para construir un presente y un futuro válidos para todo el hombre y para todos los hombres de hoy.

"Si tenemos a Dios en el corazón - ha dicho recientemente el Papa -, estamos en condiciones de ver en el rostro del otro a un hermano en la humanidad; no un medio, sino un fin; no un rival o un enemigo, sino otro yo, una faceta del misterio infinito del ser humano". "Cuanto más habite Dios en nosotros, tanto más sensibles seremos también a su presencia en lo que nos rodea: en todas las criaturas, y especialmente en las demás personas, aunque a veces precisamente el rostro humano, marcado por la dureza de la vida y del mal, puede resultar difícil de apreciar y de acoger como epifanía de Dios (Benedicto XVI, Homilía 1.1.2010).

Así, llenos del amor de Cristo y colmo su corazón de amor a Cristo ustedes, queridos jóvenes, podrán proclamar con su presencia y dinámica participación, que no todo en nuestro mundo está perdido.

¡Que nada está perdido cuando los jóvenes, iluminados por la verdad, se despiertan y enarbolan la bandera de la recta razón que se opone al subjetivismo egoísta! ¡Que nada está perdido, cuando hay jóvenes que tienen la valentía de afrontar los problemas más profundos del ser humano! ¡Que nada está perdido, cuando se es capaz de izar el blasón de la verdadera libertad que no puede ser limitada por la difundida presión asfixiante de la mentalidad que quisiera borrar de nuestra existencia los verdaderos valores, la fe y la libertad de confesarla a los cuatro vientos!

Su presencia dice al mundo y a la Iglesia que no es verdad que nada sea posible hacer ante la imposición de una anticultura en contra de la auténtica noción de la familia, del valor inviolable de la vida humana en todas sus etapas y de los demás valores humanos y cristianos. Su presencia es testimonio de que la juventud no se encuentra pasivamente mirando cómo es tergiversado el verdadero significado del amor y de la sexualidad, el genuino respeto a la diversidad y a los auténticos derechos y valores humanos.

Nuestra peregrinación, queridos amigos, converge ahora en el ofrecimiento del memorial del santo sacrificio redentor. En el banquete eucarístico encontramos la fuente y la culminación de la vida humana destinada a la trascendencia y a la eternidad. *“Yo soy el pan de Vida. El que viene a mí jamás tendrá hambre; el que cree en mí jamás tendrá sed... El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna y yo lo resucitaré en el último día... Yo he venido para que tengan Vida y la tengan en abundancia”* (Juan 6, 34.54; 10, 10). Él, Jesucristo, es el maestro de la verdad sobre el hombre, y es la fuente de su libertad.

Somos discípulos de Aquel que es: *“el Camino, la Verdad y la Vida”* (Juan 14, 6), y *“el que es de la verdad, escucha mi voz”* (Juan 18, 37). La voz y verdad que no discrimina, antes bien, que esclarece y sana a la persona y a la sociedad llevándoles por el único camino cierto: el de la dignidad del hombre inscrita en la ley del Creador, cuyo reconocimiento y acogida exige, particularmente hoy, heroísmo y aceptación del inevitable sufrimiento personal.

Siguiendo las huellas de Jesús y de los Apóstoles, sigamos siendo respetuosos de las leyes y de las instituciones humanas que se esfuerzan por tener al centro de sus iniciativas una transparente concepción del hombre contemplado en su integridad corporal y espiritual, sin jamás ocultar nuestra fe y sin nunca solapar el permisivismo. Cuando está de por medio la vida y la tutela de moral pública, optemos coherentemente, desde la verdadera libertad, a favor de los irrenunciables preceptos que, perteneciendo ante todo a la ley natural, son valores en los que se cimenta la cultura humana, mismos que los cristianos tenemos razones de sobra para vivir y defender.

Muy queridos jóvenes: concluida nuestra celebración eucarística, con el corazón lleno de la experiencia del amor de Dios, prepárense a vivir en toda su radicalidad el amor en sus familias, en su ambiente y en el mundo; prepárense para influir, con un testimonio auténticamente cristiano, en los

espacios de estudio y de trabajo en las comunidades, en los grupos, en los movimientos y en todos los ámbitos de la sociedad.

En cierto modo, el mundo está en sus manos. A ustedes corresponde embellecerlo espiritualmente con su testimonio de vida, vivida en gracia de Dios, y siendo en la Iglesia y en el mundo lo que el Espíritu Santo los llama a ser. Jesús es su fuerza; la respuesta a sus sueños de felicidad. Él está ahí, particularmente en la Eucaristía, en la que la Iglesia y cada uno de sus miembros encuentra su fundamento y fortaleza para proclamar y testimoniar el Evangelio, para contribuir a la construcción de la comunión en fraternidad y solidaridad, y para defender y promover los valores.

Pongan sus vidas bajo el amparo de la Virgen Madre de la Vida, en cuyas entrañas virginales, por obra del Espíritu Santo se formó el “*Autor de la Vida*” (Hechos 3, 15) a quien María amó y sirvió con fidelidad absoluta, y a quien nosotros amamos, veneramos e insistentemente suplicamos su intercesión, particularmente a través de la perseverante y meditativa recitación del Santo Rosario.

Sean, queridos jóvenes, *centinelas* que traen la buena noticia, que proclaman la reconciliación y la paz, que anuncian felicidad y proclaman la salvación (Cfr. Is 52, 7-8). Sean, ¡luz del mundo y sal de la tierra! No permitan que su luz mengüe, que su grito juvenil y esperanzador se oculte o se pierda ante la falsa ciencia del mundo. No claudiquen ante los embates de los falsos sabios, antes bien, con su palabra y con su vida muestren al mundo y al hombre, a todo hombre, que no habrá vida plena y feliz, sino acogiendo la Persona, el mensaje, y la obra que Jesús, donándose totalmente en obediencia al Padre, ha llevado a cabo a favor de nosotros, de todos los hombres y del mundo entero.

Queridos amigos, que en el corazón de cada uno y en el corazón del mundo, hoy y siempre:

¡Viva!, ¡Viva!

¡Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe!

Amén.